

Capítulo

2

Blut und Boden (‘Sangre’ y ‘Suelo’): las raíces del racismo sionista

El sionismo fue generado en exclusiva por el antisemitismo. Herzl no pudo basar su movimiento en nada afirmativamente judío. Pese a que buscó el apoyo de los rabinos, Herzl no era un hombre religioso. Tampoco tenía un interés especial por Palestina, la antigua patria, y de hecho se mostró entusiasta al aceptar, al menos temporalmente, la opción de las tierras altas de Kenia. Carecía de interés por el hebreo, y veía a su Estado judío como una Suiza en lo lingüístico. Consideró la cuestión racial, ya que estaba en el ambiente; los antisemitas teutónicos hablaban de los judíos como una raza, pero Herzl pronto descartó esta doctrina, ofreciendo una paradójica discusión con Israel Zangwill –uno de sus primeros acólitos– como explicación a su rechazo. Herzl describió de esta manera al escritor anglojudío:

Del mismo tipo que el negro de nariz ancha, con cabello negro ensortijado. [...] Mantiene, sin embargo, el punto de vista racial, algo que yo no puedo aceptar, me basta con mirarle a él o mirarme a mí mismo. Todo lo que digo es: somos una unidad histórica, una misma nación con diferencias antropológicas.¹

¹ Lowenthal, *Diaries of Theodor Herzl*, p. 78.

Indiferente a la religión, incluso propuso que un ateo, el entonces famoso autor Max Nordau, lo sucediera como presidente de la WZO. Nuevamente, el discípulo se mostraría menos liberal que su maestro. Nordau estaba casado con una cristiana, y temía que su esposa se viera rechazada por los ortodoxos de sus propias filas.² Ya estaba casado cuando se adhirió al sionismo y, a pesar de tener una esposa gentil, pronto se convirtió en un auténtico racista judío. El 21 de diciembre de 1903, Nordau concedió una entrevista a *La Libre Parole*, periódico rabiósamente antisemita dirigido por Eduard Drumont, en la que afirmó que el sionismo no era una cuestión de religión, sino exclusivamente de raza, y «no hay nadie con quien yo esté en mayor acuerdo en este punto que el señor Drumont».³

Aunque tan sólo una rama nacional de la WZO (la Federación Holandesa, en 1913) se implicó alguna vez en el problema de intentar excluir formalmente a los judíos que vivían en matrimonios mixtos, el sionismo cosmopolita sufrió una muerte temprana, junto con Herzl, en 1904.⁴ La WZO nunca tuvo que posicionarse oficialmente contra el matrimonio mixto; aquellos que creían en él raramente pensaron en unirse a los obviamente poco comprensivos sionistas. El movimiento sionista en Europa oriental, su base de masas, compartía los espontáneos prejuicios popular-religiosos de las comunidades ortodoxas circundantes. Aunque los antiguos judíos habían predicado y contraído matrimonio con gentiles como medio de fortalecerse, más tarde la presión de la iglesia católica provocó que los rabinos comenzaran a ver a los conversos como una «irritante molestia» y abandonaran el proselitismo. Con los siglos, la autosegregación se convirtió en la característica de los judíos. Las masas comenzaron a ver el matrimonio mixto como una traición a la ortodoxia. A pesar de que en Occidente algunos judíos introdujeron cambios en su religión y constituyeron sectas «reformadas» mientras otros abandonaban al dios de sus padres, el signo de los tiempos no era favorable al judaísmo. Pocos se unieron al mundo judío, ya fuera por conversión o a través del matrimonio. Si bien el sionismo occidental se desarrolló en una atmósfera más secular que la de Europa oriental,

² Elon, *Herzl*, p. 255.

³ Stewart, *Theodor Herzl*, p. 322.

⁴ La WZO está estructurada por estados nacionales, y es el criterio nacional el que impera en las elecciones para el Congreso Sionista Mundial; las distintas tendencias ideológicas a escala mundial compiten por conseguir delegados en las diferentes elecciones nacionales.

la mayoría de sus miembros todavía consideraba el matrimonio mixto como algo que alejaba a los judíos de la comunidad, en lugar de ganar nuevas adhesiones para ella.

Los graduados universitarios alemanes, que asumieron el control del movimiento sionista tras la muerte de Herzl, desarrollaron la ideología modernista y racista del separatismo judío. Se hallaban poderosamente influidos por sus compañeros pangermánicos de estudios del movimiento *Wandervögel* ('aves migratorias' o 'espíritus libres'), que dominó los campus alemanes antes de la Primera Guerra Mundial. Estos chovinistas rechazaban a los judíos por no ser de *Blut* ('sangre') alemana; en consecuencia, nunca podrían formar parte del *Volk* ('pueblo') alemán y eran ajenos al *Boden* o suelo teutón. Todos los estudiantes judíos hubieron de tratar con estos conceptos, que impregnaban el ambiente. Unos pocos se movieron hacia la izquierda y se unieron a los socialdemócratas, huyendo de lo que consideraban una forma más de nacionalismo burgués, que debía ser combatido como tal. La mayoría permaneció como *Kaiser-treu*, nacionalistas duros que insistían en que mil años en el *Boden* alemán los había convertido en «alemanes de confesión mosaica». Pero un cierto número de estudiantes judíos adoptó la ideología del *Wandervögel*, traduciéndola simplemente a terminología sionista. De este modo, coincidían con los antisemitas en puntos fundamentales: los judíos no eran parte del *Volk* alemán y, por supuesto, los judíos y los alemanes no debían mezclarse sexualmente, no por las razones religiosas tradicionales, sino por amor a su propia y única *Blut*. No siendo de *Blut* teutónica, ellos forzosamente habrían de tener su propio *Boden*: Palestina.

A primera vista puede parecer extraño que estudiantes judíos de clase media pudieran verse tan influidos por el pensamiento antisemita, sobre todo cuando, al mismo tiempo, el socialismo, con su actitud asimilacionista hacia los judíos, estaba ganando un apoyo considerable de la sociedad. Sin embargo, el socialismo se dirigía primeramente a los trabajadores, no a la clase media. Por el contrario, en el medio ambiente de esos judíos ilustrados predominaba el chovinismo, y aunque, intelectualmente, aquellos repudiaban su conexión con el pueblo alemán, de hecho nunca se emanciparon a sí mismos de la clase capitalista alemana (durante la Primera Guerra Mundial, los sionistas apoyaron con fervor a su propio gobierno). Por lo que hace a todas sus grandiosas pretensiones intelectuales, su sionismo *völkisch* era simplemente una imitación de la ideología nacionalista alemana. Así, el joven filósofo Martin Buber fue capaz de combinar el sionismo con un ardiente patriotismo alemán

durante la Primera Guerra Mundial. En su libro *Drei Reden ueber das Judentum*, publicado en 1911, Buber habla de un joven que

percibe en esta inmortalidad de las generaciones una comunidad de sangre, que él siente que son los antecedentes de su yo, su perseverancia en el infinito pasado. A esto se añade el descubrimiento, promovido por esta conciencia, de que la sangre es una fuerza nutriente profundamente arraigada dentro del individuo; que los más profundos estratos de nuestro ser están determinados por la sangre; que nuestro pensamiento íntimo y nuestra voluntad están coloreados por ella. Ahora descubre que el mundo en torno a él es el mundo de impresiones e influencias, donde la sangre es el dominio de una sustancia capaz de ser impresa e influida, una sustancia que absorbe y asimila todo dentro de su propia forma. Aquel que, enfrentado alguna vez a la elección entre medio ambiente y sustancia, se decide por la sustancia, habrá de ser una forma verdaderamente judía por dentro, vivir como un judío con toda la contradicción, toda la tragedia y toda la promesa futura de su sangre.⁵

Los judíos han estado presentes en Europa por milenios, mucho más tiempo que, por ejemplo, los húngaros. Aunque nadie soñaría con referirse a los húngaros como asiáticos, para Buber los judíos de Europa todavía eran asiáticos y presumiblemente siempre lo serían. Se puede sacar a los judíos de Palestina, pero nunca a Palestina de los judíos. En 1916 escribió que el judío

fue expulsado de su tierra y dispersado a través de las tierras de Occidente, pese a lo cual sigue siendo un oriental. Uno puede detectar todo esto en el judío más asimilado, si sabe cómo ganar acceso a su alma [...] la fuerza unitaria judía inmortal, esto sólo vendrá tras la continuidad de la vida en Palestina. [...] Una vez que tome contacto con su suelo materno, se volverá creativo una vez más.⁶

Sin embargo, el sionismo *völkisch* de Buber, con sus rasgos de entusiasmo místico, era demasiado espiritual para lograr un amplio proselitismo. Lo que se necesitaba era una versión popular sionista del darwinismo social que se había implantado en el mundo intelectual burgués desde las conquistas imperiales de Europa en África y Oriente; tal versión fue desarrollada por el antropólogo austriaco Ignatz Zolls-

⁵ Martin Buber, *On Judaism*, p. 15-19.

⁶ *Ibid.*, pp. 75-77.

chan, para quien el valor secreto del judaísmo consistía en que había originado, aun sin pretenderlo, una maravilla de maravillas,

una nación de sangre pura, no manchada por las enfermedades del exceso o la inmoralidad, de un sentido de pureza familiar altamente desarrollado, de hábitos virtuosos profundamente arraigados y una actividad intelectual excepcional. Además, la prohibición del matrimonio mixto evitó que estos tesoros étnicos se malograran por la mezcla con razas menos cuidadosamente engendradas. [...] Si una raza que está tan altamente dotada tuviera la oportunidad de desarrollar nuevamente su poder original, nada podría igualar sus valores culturales.⁷

Incluso Albert Einstein suscribió las concepciones sionistas de raza, y al hacerlo reforzó el racismo, otorgándole además el prestigio de su reputación. Sus propias contribuciones a la discusión suenan profundas, pero están basadas en el mismo sinsentido:

Naciones con una diferencia racial parecen tener instintos que trabajan contra su fusión. La asimilación de los judíos a las naciones europeas [...] no erradicará el sentimiento de carencia de parentesco entre ellos y aquellos entre quienes ellos viven. En última instancia, el sentimiento instintivo de carencia de parentesco es referible a la ley de conservación de la energía. Por esta razón no puede ser erradicado mediante sumas de presión bien intencionada.⁸

Buber, Zollschan y Einstein fueron sólo tres de entre los sionistas clásicos que pontificaron eruditamente sobre la pureza racial. No obstante, pocos podrían igualar en fanatismo al estadounidense Maurice Samuel. Afamado escritor en su momento —más tarde, en los años cuarenta, trabajaría junto a Weizmann en la autobiografía de este último—, Samuel se dirigió al público americano en su escrito *I, the Jew* [Yo, el judío] (1927), en el que denunciaba con horror las características de cierta población que, según admitió el propio Samuel, sólo conocía por su reputación y que recuerda mucho a la sibarítica colonia de artistas de Taos, en Nuevo México:

Allí están juntos en ese pequeño lugar, representantes del negro africano, el mongol americano y el chino, el semita y el ario [...] se ha

⁷ Ignatz Zollschan, *Jewish Questions*, pp. 17-18.

⁸ Solomon Goldman, *Crisis and Decision*, p. 116.

establecido el libre matrimonio mixto [...] ¿Por qué esta imagen, parte actual, parte fantástica, me llena de una repugnancia extraña, sugiere lo obsceno, lo oscuramente bestial? [...] ¿Por qué entonces esa aldea me trae a la mente una masa de reptiles reproduciéndose feamente en algún cubo?⁹

«Para ser un buen sionista uno debe ser hasta cierto punto antisemita»

Aunque el *Blut* (la Sangre) era un tema recurrente en la literatura sionista que precedió al Holocausto, no era tan central a su mensaje como el *Boden* (el Suelo). En tanto permanecieron abiertas las costas de Estados Unidos, los judíos europeos se preguntaban: si el antisemitismo no puede ser combatido en su tierra de origen, ¿por qué no seguir a las masas hacia América? La respuesta sionista constaba de dos aspectos: por un lado, decían que el antisemitismo acompañaría a los judíos dondequiera que fueran, y por otro –y más importante– que fueron los judíos quienes crearon el antisemitismo debido a sus propias características. La causa principal del antisemitismo, insistían los sionistas, era la existencia en el exilio de los judíos, que vivían parasitariamente de sus «huéspedes». En esa visión, prácticamente no había campesinos judíos en la diáspora. Los judíos vivían en ciudades, eran ajenos a los oficios manuales –o directamente los rechazaban– y se ocupaban de asuntos intelectuales o comerciales. En el mejor de los casos –siempre según los sionistas–, sus alegatos de patriotismo resultaban huecos en tanto transitaban eternamente de un país a otro. Y cuando se creían socialistas e internacionalistas, en realidad no eran más que los intermediarios de la revolución, disputando «batallas de otra gente»... Todas estas tesis daban cuerpo a un sistema de creencias conocido como *shelilat ha'galut* (la ‘negación de la diáspora’) y sostenido por toda la gama de sionistas, que diferían tan sólo en cuestiones de detalle. Tales dogmas abundaban en la prensa sionista, donde la cualidad distintiva de muchos artículos era su hostilidad hacia la totalidad del pueblo judío. Cualquiera que leyera estas piezas sin conocer su fuente hubiera asumido automáticamente que provenían de la prensa antisemita. La *Weltanschauung* de la organización juvenil *Hashomer Hatzair* (‘Jóvenes Centinelas’),

⁹ Maurice Samuel, *I, the Jew*, pp. 244-6.

compuesta originariamente en 1917 y republicada en 1936, resultaba paradigmática en tal sentido:

El judío es una caricatura de un ser humano normal, natural, tanto física como espiritualmente. Como individuo en sociedad se rebela contra todos los arneses de las obligaciones sociales, no conoce el orden ni la disciplina.¹⁰

En 1935, y de modo similar, el escritor estadounidense Ben Frommer, ligado a los sionistas revisionistas de ultraderecha, afirmaba lo siguiente acerca de no menos de 16 millones de sus colegas judíos:

Es un hecho innegable que colectivamente los judíos son insanos y neuróticos. Esos judíos profesionales que, heridos, niegan indignadamente esta verdad están entre los enemigos más grandes de su raza, porque de esa manera la conducen a buscar falsas soluciones, o a lo sumo paliativos.¹¹

Este tipo de autoodio judío permeaba una gran parte de los escritos sionistas. En 1934, Yehezkel Kaufman, reputado erudito de historia bíblica en la Universidad Hebrea de Jerusalén y además sionista —aunque se oponía a la peculiar teoría de la «negación de la diáspora»—, levantó una violenta controversia rebuscando en la literatura hebrea ejemplos aún peores. En hebreo, los charlatanes podían despotricar contra sus colegas judíos sin miedo a ser acusados de proveer munición a quienes odiaban a los judíos. Un libro de Kaufman, *Hurban Hanefesh* [Holocausto del alma], citaba a tres clásicos del pensamiento sionista; uno de ellos, Micah Yosef Berdichevsky, consideraba que los judíos no eran «ni nación, ni pueblo, ni humanos»; para otro, Yosef Chaim Brenner, no eran más que «gitanos, perros sucios, inhumanos, perros heridos»; para el tercero, A. D. Gordon, su pueblo no era mejor que «parásitos, gente básicamente inútil».¹²

Naturalmente, Maurice Samuel tuvo que aplicar mayor sutileza a la hora de pergeñar libelos contra sus correligionarios judíos. En 1924, en su trabajo *You Gentiles*, Samuel fabuló una comunidad judía que, guiada por su propio y siniestro demiurgo, se oponía al orden social cristiano:

¹⁰ «Our Shomer “Weltanschauung”», *Hashomer Hatzair* (diciembre de 1936), p. 26.

¹¹ Ben Frommer, «The Significance of a Jewish State», en *Jewish Call* (Shanghai, mayo de 1935), p. 10.

¹² Yehezkel Kaufman, «Hurban Hanefesh: A Discussion of Zionism and Anti-Semitism», en *Issues* (Invierno de 1967), p. 106.

Nosotros los judíos, nosotros los destructores, permaneceremos destructores para siempre. Nada de lo que se haga cubrirá nuestras necesidades y demandas. Nosotros destruiremos siempre porque necesitamos un mundo propio, un mundo-Dios, que vosotros no podréis ofrecer [...] aquellos de nosotros que no comprenden esa verdad se hallan siempre en alianza con vuestras facciones rebeldes, hasta que llega la desilusión; la suerte maldita que nos ha dispersado en medio de vosotros ha impuesto este rol desventurado a nuestro pueblo.¹³

El sionismo laborista produjo su propia y exclusiva rama de autoodio judío. A pesar de su nombre y pretensiones, el sionismo laborista nunca fue capaz de ganarse a una parte significativa de la clase trabajadora judía en ningún país de la diáspora. Sus miembros esgrimían un autodestructivo argumento: afirmaban que los trabajadores judíos se encontraban en industrias «marginales» —como la textil—, que no resultaban esenciales para la economía de las naciones «huéspedes», y que por lo tanto los trabajadores judíos siempre serían marginales al movimiento de la clase trabajadora en sus países de residencia. Los trabajadores judíos —seguían diciendo— sólo podrían emprender una lucha de clases «saludable» en su propia tierra (es decir, en Palestina). Obviamente, los judíos pobres mostraban poco interés en un autoproclamado movimiento laborista que no los llamaba a ponerse en lucha en el presente inmediato para mejorar sus condiciones, sino más bien a preocuparse por la lejana Palestina. Paradójicamente, el primer objetivo del sionismo laborista eran los judíos jóvenes de clase media que buscaban romper con sus orígenes de clase, pero que no estaban preparados para unirse a los trabajadores del país en que residían. El sionismo laborista se convirtió en una especie de secta contracultural, denunciando a los marxistas judíos por su internacionalismo, y a la clase media judía como explotadores parásitos de las naciones «huéspedes». De hecho, lo que hicieron fue traducir al yiddish el antisemitismo tradicional: los judíos estaban en los países equivocados, desempeñaban ocupaciones equivocadas y tenían políticas equivocadas. El Holocausto llevó a estos Jeremías a recobrar el sentido; sólo entonces apreciaron las similitudes entre su propio mensaje y la propaganda nazi antijudía. En marzo de 1942, Chaim Greenberg, entonces editor del *Jewish Frontier* —órgano del laborismo sionista de Nueva York—, reconoció con pesar que, de hecho, había habido

¹³ Maurice Samuel, *You, Gentiles*, p. 155.

una época en la que estaba de moda para los voceros sionistas (incluyendo el que escribe) declarar desde sus tribunas que «para ser un buen sionista uno debe ser un tanto antisemita». Hasta el día de hoy, los círculos laboristas sionistas están bajo la influencia de la idea de que el Retorno a Sion implica un proceso de purificación de nuestra falta de limpieza económica. Quien de alguna forma no se implica en el trabajo denominado «productivo», es considerado un pecador contra Israel y contra la humanidad.¹⁴

«Cereal para los molinos de la propaganda nazi»

Si, prescindiendo de argumentos ulteriores, a alguien se le dijera que los primeros sionistas eran racistas, asumiría automáticamente que esto era parte del aspecto colonialista del sionismo en Palestina. En realidad no es así; el sionismo *Blut* se hubiera desarrollado en Palestina incluso si esta hubiera estado completamente desierta. El entusiasmo por los conceptos de *Blut* y *Boden* formaba parte del sionismo antes de que el primer sionista moderno partiera de Europa.

El racismo sionista fue una curiosa derivación del antisemitismo racial. Para estos sionistas los judíos eran una raza pura, ciertamente más pura que, por ejemplo, los alemanes, que tenían una gran mezcla de sangre eslava, como concedían incluso los pangermanistas. No obstante, los racistas sionistas pensaban que esa pureza racial no podía superar el gran defecto de la existencia judía, a saber, que carecían de su propio *Boden* judío. Mientras los racistas teutones se consideraban a sí mismos como *Übermenschen* ('superhombres'), estos racistas hebreos no veían a los judíos bajo esa luz, sino más bien a la inversa. Pensaban que, al no tener su propio *Boden*, los judíos eran *Untermenschen* ('infrahombres') y, en consecuencia y para sus «huéspedes», poco más que sanguijuelas: la peste del mundo.

Cuando uno cree en la validez del exclusivismo racial, es difícil plantear objeciones al racismo de otros. Si uno cree además que es imposible para cualquier pueblo desarrollarse saludablemente excepto en su propia patria, entonces no puede impugnar la exclusión que otros practican con los «extraños» que habitan en lo que aquellos consideran su territorio. De hecho, el sionista medio nunca se imaginó dejando la civilizada Europa por la salvaje Palestina. Resulta obvio que los ideales sionistas de *Blut*

¹⁴ Chaim Greenberg, «The Myth of Jewish Parasitism», en *Jewish Frontiers* (marzo de 1942), p. 20.

y *Boden* proporcionaron una excelente base lógica para no combatir el antisemitismo en la tierra natal: los antisemitas no tenían la culpa, sino los judíos y su desgracia de vivir en el exilio. Los sionistas podían argumentar lastimeramente que la pérdida de Palestina era la causa principal del antisemitismo, y que recobrarla era la única solución a la cuestión judía. Todo lo demás sólo habría de resultar vano o paliativo.

Walter Laqueur, el decano de los historiadores sionistas, se preguntaba en su libro *Una historia del sionismo* si la insistencia sionista en la naturalidad del antisemitismo no era precisamente «cereal para los molinos de la propaganda nazi». ¹⁵ Ciertamente lo era. La pregunta de Laqueur se puede responder mejor con otra: ¿es difícil entender que un lector crédulo de un periódico nazi extrajera la conclusión de que aquello que era dicho por los nazis y aprobado por los sionistas –que eran judíos– había de ser cierto? Pero aún sería peor: todo movimiento judío que predicara acerca de la naturalidad del antisemitismo buscaría, de forma igualmente «natural», llegar a acuerdos con los nazis cuando estos arribaran al poder.

¹⁵ Walter Laqueur, *A History of Zionism*, p. 500.